



LA CRISIS DE LA CIVILIZACIÓN INDUSTRIAL

Adam SCHAFF

Vivimos actualmente el inicio de la segunda revolución industrial y sentimos ya sus efectos en la vida de la sociedad humana. ¿Por qué hablamos aquí de *revolución* —término utilizado cada vez más de forma general aunque últimamente se omite con mucho cuidado a causa de la alergia que produce en ciertos medios— y no de una simple evolución gradual, sobre todo en el terreno de las tecnologías? El motivo es exactamente el mismo que el que nos hace hoy, de una forma universal y sin ninguna restricción mental, hablar de la primera revolución industrial, realizada a finales del siglo XVIII y principios de XIX, cuando la máquina mecánica, primero a vapor y después —a finales del siglo pasado— eléctrica, empezó a reemplazar el trabajo físico, muscular el hombre. Hablamos de revolución y no de evolución cada vez que los cambios cuantitativos conducen a un cambio de la cualidad del fenómeno considerado.

Este es el célebre «salto cualitativo» cuya explicación clásica ha sido formulada por Hegel en su filosofía. Es exactamente lo que pasó entre los siglos XVIII y XIX, cuando la introducción en la industria de la máquina a vapor constituyó un «salto» del que no podemos sólo ver los parámetros cuantitativos. Y es exactamente lo que pasa hoy.

¿En qué consiste este cambio cualitativo que impone la utilización del término «revolución» en consideración a los cambios que intervienen en el terreno tecnológico? En aquello que la máquina, en el momento de la primera revolución industrial, ayudaba e incluso reemplazaba al hombre en su trabajo físico, esta máquina ahora ayuda y, cada vez más, *reemplaza* el trabajo del intelecto humano. Por este hecho el desarrollo posterior hará inútil el trabajo *productivo* del hombre, tanto físico como intelectual, y se abrirá una nueva época en el progreso de la humanidad. Y toda la historia de este proceso tomará el carácter de prehistoria.

Esto que acabamos de decir responde también a la cuestión de por qué se habla de *segunda* y no —como lo hacen algunos— de tercera e incluso de cuarta revolución industrial. En efecto, el salto cualitativo que permite hablar de una nueva revolución industrial, no menos importante que la primera, consiste desde mi punto de vista en la nueva cualidad de las «fuerzas» o de las capacidades del hombre que han sido reemplazadas por la máquina —trabajo físico en el primer caso, trabajo intelectual en el segundo— y no en una nueva fuerza motriz (vapor, electricidad) llamada a mover esta máquina. De hecho, es una cuestión puramente convencional y de poca importancia cuál es el número de orden de la actual revolución. Lo esencial es que es *nueva* y de esto no cabe ninguna duda.

Como la precedente, la revolución industrial de la que somos testigos se apoya de forma natural sobre el progreso científico y técnico, y convendría por lo tanto calificarla de revolución científica y técnica. Esta denominación general abarca al menos tres componentes, tres terrenos: la automatización y robotización, la energía nuclear y la microbiología con la ingeniería genética.

Desde el punto de vista que nos interesa aquí el primer papel corresponde a la revolución en el terreno de la automatización y de la robotización, en cuanto a su influencia directa sobre las estructuras de la vida social. Y por tanto sobre ella centraremos nuestra atención. Conviene sin embargo insistir en que la presente revolución industrial no podrá realizarse completamente más que en la unidad de las tres componentes citadas. Será en efecto inimaginable sin nuevas fuentes de energía complementarias, que son aseguradas hoy por la fisión nuclear y que se asegurarán mañana por la fusión nuclear controlada, fuentes que serán prácticamente ilimitadas en el futuro. A nivel mundial no podría asegurarse la alimentación de la humanidad sin la enorme contribución de la ingeniería genética, la cual desempeñará un papel también muy importante en la medicina moderna.

Peró como ya hemos dicho, vamos a centrar nuestra atención sobre la revolución en el terreno de la automatización y de la robotización. Al suprimir gradualmente la necesidad del trabajo —en el

sentido tradicional de la palabra—, y al originar este nuevo fenómeno que es el paro estructural, se ejerce una influencia directa —francamente revolucionaria— sobre toda la vida social.

Pasamos de esta forma a la explicación de la segunda parte de nuestra tesis, la que concierne a los efectos de la segunda revolución industrial en la vida social. ¿De qué efectos se trata?

En primer lugar de la influencia que ejerce sobre el futuro del mundo del trabajo. Este es el principal eslabón de los procesos en curso, cuya comprensión permitirá poner en evidencia sus efectos sociales a más largo plazo. Por esta razón propongo dar a la sociedad futura el nombre de sociedad del automatismo.

El tumultuoso desarrollo de la automatización, de la robotización (toda evaluación del ritmo de su progreso corre el peligro de ser una subestimación dados los efectos que en la actualidad son completamente imprevisibles, de la aparición de nuevas generaciones de ordenadores: la quinta, la sexta, etc...), *debe forzosamente* tener como consecuencia la revolución de la demanda de trabajo humano, en el sentido que actualmente le damos a esta palabra, es decir, el trabajo asalariado (físico e intelectual) en los sectores de la producción y de los servicios. Esto no puede ser, sin embargo, desmentido por el hecho que quedarán en la vida social considerables enclaves dejados a la actividad del hombre porque no pueden ser automatizados (sobre todo en diversos terrenos del trabajo intelectual y de servicios), el progreso de la microelectrónica creará nuevos puestos de trabajo, aunque aquí también la automatización hará cada vez menos necesaria la presencia del hombre.

Lo que actualmente denominamos trabajo será sustituido cada vez más por ocupaciones, entendidas en el sentido de una actividad razonable que beneficie directa o indirectamente a la sociedad, lo cual —afortunadamente— elimina de este proceso sus aspectos a primera vista dramáticos. Por el contrario, será mucho más favorable para el individuo y para toda la sociedad que el hombre pueda dedicarse a ocupaciones creativas que respondan a sus intereses y que le permitan desarrollar su personalidad en lugar de someterse a la condena eterna bíblica y ganar el pan cotidiano con el sudor de su frente.

Lo que está sucediendo, y prefigura el violento ascenso de un proceso ineludible, no es —en contra de lo que se afirma a veces— una tragedia a la cual haya que poner fin, sino más bien el anuncio de la apertura de las puertas de un nuevo paraíso. Claro está, a condición de aportar profundos cambios en las actuales estructuras sociales, cambios tan profundos que signifiquen una mutación de nuestra *civilización*, comprendiendo este término en un sentido bien definido del que volveremos a hablar más adelante.

El marco del sistema social actual es demasiado estrecho para que esto pueda llevarse a cabo, en lo que concierne tanto al sistema capitalista (dejémosle este nombre convencional admitiendo que se trata de sociedades «no socialistas» y sabiendo que la palabra «capitalismo» encubre realidades sociales muy diferenciadas las unas de las otras) como al sistema socialista (de nuevo llamado así de forma convencional, pues las significaciones dadas a este término son muy diversas e incluso su adecuación es a menudo puesta en duda).

Lo que hemos dicho hasta aquí demuestra ya que, al señalar la automatización y la robotización de la producción y de los servicios como el problema central de nuestra época, problema que permite captar la diferencia específica característica de su civilización, llegamos al fondo de la cuestión. Si alguien se opone a la lógica de este razonamiento —y no faltarán voluntarios— será de los que, por la razón que sea, quieren defender cueste lo que cueste el sistema social existente, y tendrá que desmentir nuestra primera tesis que afirma la influencia de la automatización y de la robotización sobre el futuro del mundo del trabajo y especialmente sobre la aparición de este nuevo fenómeno que es el paro estructural, es decir, engendrado no por tales o cuales factores coyunturales y por tanto pasajeros, sino por las causas profundas y duraderas que consisten en que la nueva situación creada por las técnicas modernas hace que el trabajo *del hombre* sea cada vez menos necesario y tienda a cero. Es necesario pues tomar en consideración la importancia de este hecho para el conjunto de trabajadores (es decir, para aquellos a los que el trabajo proporciona los medios de subsistir) y en particular para los jóvenes que, no beneficiándose de ninguna protección legal, al igual que los trabajadores adultos, son los más afectados. Por añadidura, los jóvenes se ven así privados de la posibilidad de documentar en su práctica su estatus social de hombres que han alcanzado la edad adulta.

Es evidente por tanto que este proceso tiene que comportar transformaciones a diversos niveles de la vida social si se quiere prevenir el aumento de la patología social cuyas manifestaciones son cada vez más visibles, sobre todo entre los jóvenes. Ahora bien, o la sociedad querrá curarles de esta enfermedad o se verá simplemente obligada a ello por la violencia creciente de las luchas sociales.

¿Qué transformaciones son ya previsibles a la luz de las tendencias que se van perfilando y que sin duda se harán cada vez más urgentes a media que se concreten?

En primer lugar, se trata de la necesidad de cambiar la formación económica actual de las sociedades no socialistas (apelativo que me permite evitar dificultades semánticas relacionadas con el empleo en este caso del término, demasiado general, «capitalistas»).

Por «formación» (más adelante se tratará de formación económica, social, política y cultural) entendemos el conjunto de relaciones sociales que forman un sistema definido, es decir, que se condicionan recíprocamente de tal modo que forman un todo en el que el cambio de posición de un elemento hace cambiar de posición a todos los demás (como las piezas que se encajan formando un mosaico). Por «formación económica» de la sociedad entendemos el conjunto de relaciones económicas entre los hombres, que constituye un sistema cerrado.

En la sociedad capitalista, sea cual sea su tendencia, el elemento fundamental del sistema es la propiedad privada de los medios de producción. Afirmando que el primer efecto económico de la nueva situación en que se encontrará la sociedad en la etapa de mayor desarrollo de la automatización y robotización, será precisamente el ataque contra la propiedad privada. No se trata de una supresión sino de un ataque, es decir, de un cambio cuyo sentido vamos a explicar más adelante.

En vista de las implicaciones políticas de este problema y sobre todo a la luz del conflicto contemporáneo entre los dos sistemas capitalista y socialista, semejante tesis tiene que sorprender forzosamente a determinados medios, despertando la sospecha de propaganda comunista y suscitando mecanismos psicológicos de defensa que cierran el espíritu a cualquier razonamiento. Sus consecuencias, socialmente desastrosas, serían un «diálogo de sordomudos», que imposibilitaría todo tipo de comprensión mutua. Por lo tanto, antes de explicar las razones de *la necesidad* de un cambio de la formación económica capitalista, utilicemos una dosis de «calmantes» para facilitar el diálogo.

En primer lugar, al hablar de un ataque a la propiedad privada de los medios de producción no estoy formulando ninguna reivindicación subversiva puesto que es un hecho practicado ya ampliamente en el mundo llamado capitalista. La economía capitalista privada y la libre competencia ya no son más que un modelo ideal que no existe en *ningún lugar* en su forma pura. No hay que perder de vista la política tan extensamente aplicada de nacionalización de los ferrocarriles, la banca y evidentemente la gran industria que, en buen número de países típicamente capitalistas, concierne a gran parte de su economía. No hay que perder de vista las funciones, insuficientemente estudiadas por desgracia, de la forma moderna de trusts y consorcios, es decir, de las multinacionales, verdaderas potencias del mundo capitalista que, sin embargo, ya no tienen gran cosa en común con el capitalismo privado clásico. En realidad, son formas «de umbral» al sistema socialista, si retomamos la definición que Lenin daba de los antiguos trusts y consorcios, los cuales podían mantenerse como tales en el nuevo sistema a condición de que cambiara el carácter del Estado. Esto es tan sólo un ejemplo

entre otros de la tesis según la cual los «ataques» al principio de la propiedad privada se están practicando ya en las sociedades capitalistas modernas.

En segundo lugar, al solicitar un «ataque» a la propiedad privada de los medios de producción, no estoy haciendo ni tengo la menor intención de hacer una propaganda del socialismo en el sentido de una aceptación del modelo económico de los países del socialismo real que existen en la actualidad. Es cierto que la nacionalización de los medios de producción sería la solución radical del problema del que hablamos y que trataré de explicar más adelante, pero los ejemplos existentes constituyen una contrapropaganda tan eficaz que sin duda no serán seguidos por los países altamente industrializados en vías de cambiar su formación económica. Las dificultades que experimentan actualmente todos los países del socialismo real demuestran elocuentemente que su modelo económico es inoperante y que la nacionalización no puede, por sí misma, resolver el problema, aunque no fuese más que por dejar tantos problemas abiertos: el del sector privado, el de la nacionalización o de la socialización, el de la planificación centralizada y de la iniciativa de las unidades de producción, el de los medios de conciliar los intereses social y privado, etc. Por consiguiente, se trata de algo muy distinto que el copiar los modelos de la economía socialista en su forma actual.

Por último y en tercer lugar, el hecho de que un documento eclesial tan importante como la encíclica *laborem exercens* admita este «ataque» a la propiedad privada en el contexto del paro que nos interesa aquí, demuestra que no hay que asustarse del «peligro comunista» y que no se trata de ello. A este respecto, no hay duda de que la Iglesia está fuera de toda sospecha.

Y tras este preámbulo administrado a guisa de «calmante», podemos pasar al fondo real del problema: qué razones aconsejan la reivindicación de un cambio de la formación económica de la sociedad bajo la influencia de la automatización y la robotización.

Ya hemos hablado de la «desaparición» del trabajo en el sentido tradicional de esta palabra, y de su sustitución, al menos parcial, por ocupaciones que ya no tendrán el carácter del trabajo asalariado. Y esto es, ya lo hemos dicho, ineludible. Para contradecirlo harían falta poderosos argumentos, pero yo afirmo que no existen. Es lo que admiten tácitamente incluso los más acérrimos defensores del sistema capitalista que llevan años esforzándose por solucionar este problema en el marco de la formación existente. El «profeta» del liberalismo económico, Milton Friedman, lo ha hecho con su concepto de «impuesto negativo sobre la renta», y otro laureado con el Premio Nobel de economía, James Tobin, con el de «ingresos garantizados».

Una vez admitida la existencia, e incluso el rápido ascenso, del paro estructural que, a consecuencia de los progresos acelerados de la automatización y la robotización, afecta a decenas de millones de personas en los países industrializados (en los de la OCDE su cifra supera ya los 40 millones), y a centenares de millones en el mundo entero, *es necesario* hallar los medios para responder a sus necesidades materiales y asegurarles un empleo, bajo forma de ocupaciones útiles socialmente y, por lo tanto, aceptables. Es necesario si queremos evitar el doble cataclismo de revoluciones sociales sangrientas y la extensión de la patología social que atañe sobre todo a los jóvenes que han perdido el «sentido de la existencia», o sea, la motivación de sus actividades.

Es evidente que una operación de este tipo, que incumbe a la sociedad y en concreto al Estado y a sus instituciones, es forzosamente costosa, muy costosa. La financiación de esta operación absolutamente necesaria —repetámoslo—, dada la amenaza de una catástrofe social, sólo es posible si se procede a un nuevo reparto de la renta nacional. Dicho de otra manera, para descifrar esta fórmula sólo es posible hacerlo a condición de atacar el «sacrosanto» principio de la propiedad privada. Esta santificación, ya lo hemos señalado, no es absoluta ya que incluso la máxima autoridad de la Iglesia, por medio de una encíclica, ha permitido no tenerla en cuenta. No es tampoco inviolable, puesto que Suecia, país claramente capitalista, aunque los socialistas ejerzan a veces el poder, aplica un impuesto progresivo que, en un arrebató de la burocracia (no es, pues, una peculiaridad de los países del socialismo real), ha llegado a obligar a una conocida escritora a pagar una contribución del 105% de sus ingresos anuales. Este caso es ciertamente humorístico, pero tanto en Suecia como en muchos países capitalistas, entre los que se encuentra la Inglaterra gobernada por los conservadores, todo el mundo acepta a fin de cuentas el ataque incontestable al derecho «sacrosanto» a la propiedad que constituyen normas fiscales a veces draconianas. En realidad, la gama posible de ataques a dicho derecho es muy variada, desde su abolición por vía de nacionalización hasta una política fiscal más o menos severa.

Lo cierto es que la sociedad (el Estado) no podrá hacer frente a sus nuevas e incesantemente crecientes obligaciones materiales hacia los *no trabajadores* (evito el término «parado» porque aquí induciría a error a causa de su contexto significativo actual; recuerdo que se trata de un fenómeno nuevo, ya que el paro estructural afecta a personas cuyo trabajo se ha vuelto socialmente inútil debido al cambio del modo de producción) si no se decide repartir de otro modo el producto social, es decir, si no descuenta una parte de los ingresos de los propietarios de los medios de producción y servicios para destinarla a fines sociales. La manera en que esto se realice concretamente dependerá del lugar y del tiempo, o sea, de la historia, de la cultura, de la estructura social, del nivel económico, etc., del país en

cuestión. Pero eso debe hacerse en un futuro relativamente próximo y es de esperar que las clases poseedoras harán prueba al respecto de suficiente sensatez como para evitar conflictos e incluso catástrofes inútiles, ya que sólo retrasarían un desarrollo inevitable que, sin embargo, puede realizarse pacíficamente.

En cualquier caso, los acontecimientos llevarán al cambio de la formación económica de la sociedad, y ello quizás —y afortunadamente— de un modo menos espectacular que en el caso de las primeras revoluciones socialistas. A favor de una evolución pacífica de este tipo actuarán, por una parte, y muy probablemente, el sentido común de las clases poseedoras (con la restricción de que esto sólo concierne a los países altamente industrializados y, por lo tanto, ricos), y, por otra parte, el efecto de contrapropaganda que ejerce, por desgracia, la situación actual en los países de socialismo real que se vieron *obligados* en el pasado a tomar una vía diferente cuyo coste aún hoy están pagando.

¿Cómo será esta nueva formación económica? Ya no será el capitalismo clásico, ni del siglo XIX ni del XX. Tanto más por cuanto los cambios de orden económico irán necesariamente acompañados, como ya veremos, de cambios en las formaciones social y política, con lo que se ocasionará una radical modificación de la vida social. Tampoco será una formación socialista del tipo de los socialismos reales de hoy. Y ello no sólo por la negativa influencia que su ejemplo ejerce sobre la opinión pública de los países industrializados, sino también por las correcciones que deberán realizar tanto en el dominio económico como, sobre todo, político, si no quieren hundirse en el proceso de enfrentamiento entre los dos sistemas. Propongo el nombre de «formación económica colectivista». Soy consciente de su imprecisión semántica, pero no encuentro otro mejor. Este nombre tiene, cuanto menos, la ventaja de subrayar la diferencia de la nueva formación en relación a las dos ya existentes, y al mismo tiempo deja prever su rápida evolución. Esto puede consolar a los marxistas «ortodoxos», fieles a la letra de la doctrina que afirma la victoria de la formación socialista sobre el capitalismo.

Queridos hermanos en Marx, todos sabemos que la vida es mucho más rica que cualquier teoría, sobre todo cuando se trata de prever un futuro lejano. Y han transcurrido más de 150 años desde el momento en que Marx formuló su clasificación de las formaciones económicas de la sociedad, hasta el que ahora tratamos, situado ya en el siglo XXI. Además, nadie puede pretender de Marx que preveyese las complicaciones que ocasionaría el nacimiento de una sociedad socialista deformada precisamente debido a la violación de los principios que él mismo enunció. Todo esto impide calificar de socialista a la nueva formación de que hablamos, aunque, sin embargo, ello sería lo más simple, y también lo teóricamente más exacto a la luz del marxismo. Finalmente, la práctica demuestra que

la teoría de la transición del capitalismo al socialismo debe ser completada y concretizada en estrecha relación con las condiciones reales de nuestra época. Para mí, la formación económica colectivista es precisamente una nueva fase del período de transición. Además aquí no se trata de una querrela sobre palabras, de una logomaquia impuesta por la liturgia ortodoxa, sino del contenido real de las mutaciones sociales, y la manera en que se le denomine es algo totalmente secundario, en especial cuando hay que hacerlo aceptar a la opinión pública.

El cambio de la formación económica de la sociedad es un efecto muy importante, pero no el único, de la revolución industrial en curso. Por el contrario, producirá otros efectos cuyo análisis, aunque somero, completará el cuadro de la actual situación y permitirá sacar ciertas conclusiones acerca del problema planteado por las crisis de nuestra civilización.

Tras la economía se impone la cuestión de la formación social de la nueva época, es decir, su sistema de clases y grupos sociales y sus mutuas relaciones. Es evidente la existencia de este problema y vamos a examinarlo de manera más breve que el anterior, aunque la novedad de sus soluciones sea, probablemente, aún más sorprendente.

Los espectaculares progresos de la microelectrónica generan una revolución en el terreno de la automatización y de la robotización, resultando con ello —como ya hemos indicado— la casi desaparición del trabajo del hombre desde el punto de vista de la demanda de que es objeto. En contrapartida, el hombre tendrá ciertamente la posibilidad de escoger entre diversas ocupaciones socialmente útiles —en lugar de la pérdida con el tradicional «ganarse el pan con el sudor de su frente»—, que darán nuevo sentido a su existencia. Además, hay que tener presente que el trabajo, tal como hoy aún lo entendemos, tanto físico como intelectual (salvo las ocupaciones creadoras), desaparecerá progresivamente. Queda abierta la cuestión del alcance y profundidad de este proceso, pero es incontestable que va a desarrollarse y que tenderá a la eliminación casi total del trabajo comprendido en el sentido tradicional de la palabra.

Es evidente, aunque ello pueda chocar —en particular a los interesados—, que esta mutación lleva consigo inevitablemente la desaparición de la clase obrera, y ello concierne tanto a los obreros industriales como a los trabajadores —incluidos los intelectuales— de la mayoría de los servicios. Y aunque parezca menos claro, también afecta a los trabajadores agrícolas. La automatización y la robotización ya han penetrado en la agricultura, la cual, por otra parte, va a ser radicalmente modificada por la ingeniería genética, tanto en lo referente a los cultivos vegetales como a la ganadería. En las consideraciones al respecto hay que tener en cuenta que en los

países industrializados la agricultura, a pesar de su extensión y rendimientos enormes, ocupa tan sólo a una ínfima parte de la población (alrededor del 3% en EE.UU.). Así pues, incluso el más lento proceso de automatización en la agricultura no perturba la tendencia general a la extinción de la clase obrera en el sentido más amplio del término.

Pero los efectos sociales de la revolución industrial en curso consistirán no sólo en la desaparición de la clase obrera, sino también de la clase capitalista tradicional. Aunque para resolver el problema planteado por el paro estructural y las crecientes cargas materiales que ello genera la sociedad considerada no elija la nacionalización (es decir, la abolición de la propiedad privada de los medios de producción y de ciertos servicios), sino un procedimiento limitativo menos radical como, por ejemplo, el impuesto progresivo sobre las rentas del capital, de todas formas disminuirá y cambiará el papel que el poseedor tiene en la sociedad. Aún si suponemos que se realice el segundo término de la alternativa, más suave en sus repercusiones sociales, el capitalista se transformará cada vez más en un dirigente o un manager bien pagado pero con su poder muy reducido. Aquí hay que tener presente, de manera complementaria, la necesidad que se presentará al Estado de introducir algunas formas de planificación central, hecho que, por otra parte, es también considerado por propuestas en absoluto radicales al respecto. En efecto, el Estado deberá no sólo asegurar los medios financieros indispensables para la realización de sus nuevas tareas, sino también velar para que haya unas proporciones adecuadas en la producción y los servicios, aunque sólo sea para evitar perturbaciones de los precios de mercado que podrían romper el equilibrio entre los ingresos —subvencionados por el Estado— del ciudadano y la posibilidad de satisfacción de sus necesidades lógicas al nivel de desarrollo histórico determinado de la sociedad.

En cambio surgirá, y crecerá rápidamente en número e influencia, una nueva «clase» social compuesta por «sabios» (no olvidemos que en esta nueva sociedad la ciencia —en el más amplio sentido de la palabra— se convertirá en el principal *instrumento de producción*), ingenieros y técnicos (sobre todo de la información), managers de todo tipo y, en fin, miembros de la burocracia de los partidos y del Estado. En el caso de una monopolización, aunque fuese parcial, del acceso a los instrumentos de información —cosa que parece inevitable cualquiera que sea la forma de organización de la sociedad—, esta burocracia adquirirá un poder tal que constituirá —en el plano político, y como veremos un poco más adelante— un grave peligro.

Al comienzo del párrafo anterior he puesto la palabra clase entre comillas a fin de subrayar la incertidumbre e imprecisión del término empleado en el sentido que le he dado. En la literatura, especial-

mente en la que se reclama del marxismo, se admite que la clase social se define por su relación con los medios de producción. En los demás casos se habla de grupos sociales, reservándose el término de «capas sociales» para las diferentes partes específicas de las clases. Aquí parto del principio de que, en las nuevas condiciones sociales, la clase ya no se definirá por su relación con los medios de producción (las clases tradicionales estarán en proceso de extinción) sino por su relación con la posesión (o no posesión) de poder social. Menciono esta cuestión semántica totalmente secundaria para evitar malentendidos que lleven a que se discuta sobre palabras.

El tercer y último aspecto que tenemos que examinar ahora es el cambio en la formación política de la sociedad. El problema fundamental al respecto es el de la democracia entendida no solamente desde el punto de vista formal sino también desde el real, es decir, el problema de la existencia de un cierto número de derechos cívicos garantizados por la ley; pero ello, además, desde el punto de vista real, o sea de la creación de medios que aseguren el ejercicio de dichos derechos. Sin entrar en detalles, puede decirse de manera muy general que la nueva revolución industrial abre para dicha democracia real posibilidades no conocidas anteriormente: crecimiento del bienestar, extensión del ocio, amplio acceso a la información, elevación de la cultura —también la política— de la sociedad, posibilidad —gracias a los avances de la informática— de practicar en amplia escala la democracia directa bajo la forma de referéndums, etc. El reverso de la medalla radica en que dicha revolución hace planear sobre la democracia graves amenazas que pueden ponerse de manifiesto en el fortalecimiento de las tendencias totalitarias, sustentado en la resistencia de las clases poseedoras a la reducción de su poder, y ello es especialmente grave teniendo presente que estas clases pueden aliarse a la burocracia, cuyo poder se verá aumentado por el monopolio de la información de nuevo tipo que será, a la vez, medio de producción e incomparable instrumento de manipulación de masas. De ahí se deduce, evidentemente, la necesidad de un combate político en defensa de la democracia amenazada, combate que tomará —en ciertas condiciones— formas incluso violentas.

Sin embargo, no vamos a extendernos aquí sobre este tema. Para nuestros propósitos es suficiente señalar estos problemas aunque omitamos, a pesar de que sea muy importante, el del cambio en la formación cultural de la sociedad y de las implicaciones de la revolución industrial en marcha en la vida social del individuo, principalmente en lo que se refiere a su nuevo «sentido de la existencia», a su nuevo «estilo de vida» y, sobre todo, al radical cambio de escala de valores.

Todo lo que hemos dicho pretende demostrar la corrección de la tesis que afirma que la nueva revolución industrial tendrá como

consecuencia no sólo el cambio de ciertos aspectos de la vida social (lo hemos señalado al hablar en las transformaciones de las diferentes formaciones sociales) y de la vida del individuo, sino también, y esto es lo principal, la modificación de todo el sistema que llamamos la *civilización* de la era considerada. Desde este punto de vista, los defensores de la teoría de la sociedad posindustrial tenían razón: en comparación con la civilización industrial (la de la sociedad de la era de la industria tradicional, basada en un ethos específico del trabajo) entramos hoy en la era de una *nueva* civilización.

Constatar que abandonamos el marco de la antigua civilización, la que conocimos al nacer, no constituye, ciertamente, una respuesta a la pregunta de cómo será esta nueva civilización, pero desde el punto de vista heurístico ya es importante diagnosticar el estado de la crisis. En todo caso, este diagnóstico proyecta nueva luz sobre la lucha entre los dos sistemas, capitalista y socialista, así como sobre las perspectivas del socialismo contemporáneo, problema que aquí nos preocupa por encima de todo.